

LAS CHICAS DE TIFFANY

Shelley Noble

Traducción: Constanza Fantin Bellocq



CAPÍTULO 1

*Julio de 1899
Montmartre,
París*

EMILIE PASCAL SE LIMPIA LAS MANOS CON EL PAÑO MÁS limpio que encuentra y coloca con sumo cuidado la hoja de papel en el escritorio.

Es la última que le queda. Había logrado sustraer dos hojas del escritorio de d'Evereaux el otoño anterior, cuando su padre terminaba el retrato del caballero.

Ya había tenido que usar una.

Esta será para ella.

Alinea la hoja con precisión, acerca el tintero. Toma aire y se toca lentamente la mejilla. El moratón habrá desaparecido antes de que llegue a Nueva York con su carta.

Pero debe darse prisa.

Y también ser extremadamente precisa, algo que ha aprendido con los años. Un solo error podría echarlo todo a perder.

Emilie imagina la carta que escribirá como un cuadro que visualiza en su mente antes de empezar a pintar. Una caligrafía florida pero masculina. La explicación justa, sin excederse en alabanzas. Apoya la punta de la pluma sobre la hoja de papel.

Mi estimado señor Tiffany...

Los golpes en la puerta llegan justo cuando está a punto de firmar la falsificación casi perfecta. Levanta instintivamente la pluma del papel y *Dieu merci*, no lo mancha.

Con cuidado, ahora.

Mes sincères salutations,
Le Chevalier d'Evereaux

La puerta empieza a sacudirse bajo los golpes cada vez más fuertes. No tiene secante. Emilie sopla sobre la firma y dobla la hoja con rapidez. No la sellará con lacre. Un toque de menos o uno de más siempre delatan el engaño.

Se levanta a toda prisa, va hasta la cama y coge el portafolio negro que espera su última obra de arte.

Entonces comienzan los gritos.

—¡Dominique André Pascal! ¡Abra la puerta en nombre de la *Sûreté* de París!

Emilie guarda la carta dentro del portafolio.

La puerta cederá pronto. No lo encontrarán aquí. Se ha ido. Ella no sabe dónde, pero no le importa, es un alivio. Se coloca una capa sobre los hombros, coge el portafolio de la cama y echa una última mirada para asegurarse de que no se olvida nada. Luego corre hacia la ventana.

Ha planeado este momento. Siente que toda su vida ha planeado este momento. La ventana está abierta y coloca su pertenencia más preciada sobre el pequeño balcón. Se levanta las faldas del vestido —oscuras, pero ligeras— y se prepara para escapar. Una pierna por el alféizar, luego la otra. Cierra la ventana justo cuando la puerta cede.

Recoge el maletín negro, lo arroja al balcón contiguo y se lanza tras él.

Jean y Marie la esperan para ayudarla a entrar. Han oído

a los gendarmes en el pasillo. Sin decir palabra, Marie la ayuda a colocarse bien la capa; la conducen hasta la escalera que lleva al tejado y Emilie comienza a trepar, aferrada al asa de su portafolio como si este pudiera sostenerla en todo. Y lo hará.

Jean quiere acompañarla y cerciorarse de que escape, pero Emilie niega con la cabeza.

—*Non, tu dois m'oublier.*

—*Mais je t'aime!*

—*Non.*

Marie le entrega la pequeña maleta que habían guardado.

—Te enviaremos tu baúl cuando estés instalada.

Emilie asiente. No puede hablar.

Marie empieza a llorar. Jean le lanza una mirada de advertencia. Marie se seca las lágrimas, por si los gendarmes vienen a interrogarlos sobre sus vecinos.

Emilie solo mira hacia fuera lo necesario para asegurarse de que está sola, luego sube al tejado.

Jean la mira con ojos intensos a través de la abertura cuadrada. Así es como ella lo recordará. Enmarcado por la luz.

Entonces la oscuridad lo envuelve y Emilie echa a correr por los tejados de París.

Solo le queda una última parada de camino al puerto y al barco que la llevará lejos de allí. Lejos de sus recuerdos, buenos y malos, de sus amigos y enemigos, y, sobre todo, lejos de su padre.

Desciende en la rue Suger. Las luces brillan sobre los adoquines silenciosos; no hay nadie a la vista. No oye ruidos que indiquen que la policía la está buscando.

Aferrando sus pertenencias, Emilie se dirige al norte, en dirección al río.

Es una noche calurosa, incluso para julio, y tiene la piel empapada por el sudor, fruto tanto del esfuerzo como del miedo. Todavía le queda bastante camino por recorrer.

Ya comienzan a aparecer sombras de hombres y mujeres en los portales: trabajadores que se dirigen a las fábricas, a las barcazas del río, a los talleres de costura, al mercado de flores donde venderán sus productos a las pocas almas que se atreven a salir con esa temperatura.

Emilie acelera el paso, aunque su cuerpo se resiste. Quiere sentarse, hundir el rostro entre las manos, pero eso tendrá que esperar.

Entonces la ve: la pequeña vendedora de flores al pie del Pont des Arts.

La mujer la mira acercarse y le sonríe. Son viejas conocidas. Mira su cubo lleno de crisantemos, lilas y margaritas y saca de entre las flores una rosa de tallo largo.

En la tenue luz del amanecer, Emilie distingue que ese día es roja, un símbolo perfecto para una despedida.

Deja caer una moneda en la mano de la mujer y coge la rosa. Ni siquiera sabe el nombre de la vendedora.

Avanza con cautela hacia lo alto del puente. Reduce la velocidad al cruzarse con dos hombres que vuelven de una noche de juerga y pasan deprisa junto a ella. Luego se detiene y mira las aguas profundas del Sena. No va a llorar.

—Me marchó de Francia esta noche, *maman*. Puede que no vuelva a visitarte por mucho tiempo. *Ne m'oublie pas*. —Y deja caer la rosa en la oscuridad.

Julio de 1899

*Compañía Tiffany de Vidrio y Decoración
Manhattan*

Clara Driscoll estaba sentada en su escritorio, inspeccionando con ojos entrecerrados los gastos semanales y pensando en libélulas. “Libélulas”. Suspendidas en el aire, con el sol reflejado en sus alas iridiscentes durante un segundo

antes de alejarse volando para reaparecer en un lugar inesperado.

Ella había visto cuando iba en bicicleta por Central Park el domingo y no podía quitárselas de la cabeza.

Se echó hacia atrás en la silla y se pellizcó el puente de la nariz. Ya sentía los ojos cansados, aunque todavía era por la mañana; intuía que se acercaba una de sus migrañas.

Como jefa de la división femenina de la Compañía Tiffany de Vidrio y Decoración, era responsabilidad suya asegurarse de que las cuentas de la semana cuadraran. Por lo general podía separar sin demasiada dificultad su trabajo como encargada del departamento de diseñadora, pero esa mañana no era el caso. El gerente de negocios, el señor Pringle Mitchell, acababa de imponer una lista de nuevos requisitos que acrecentaba la irritación de Clara: tareas adicionales que consumían más tiempo sin ser realmente útiles.

El señor Mitchell y ella siempre estaban en desacuerdo por los gastos. El señor Tiffany quería piezas de arte únicas. Al señor Mitchell, en cambio, solo le interesaba mantener bajos los costes. Por lo general, Clara solía lograr un equilibrio entre ambos, pero esto...

La regla más absurda de todas era cobrarle a la división femenina un alquiler de cincuenta dólares mensuales por el espacio que utilizaban trabajando para la empresa. ¡Cincuenta dólares! Era un despropósito, sobre todo porque sabía que el señor Mitchell lo había hecho solo para fastidiarla.

El señor Tiffany le dijo que lo pagara una vez y no se preocupara más; él lo resolvería. Era fácil para él decirlo, claro, pero había partido con su familia a Europa. Allí se reuniría con el señor Bing para tratar sobre la exposición en la galería Grafton que tendría lugar en octubre. Conocía al señor Tiffany, por lo que no dudaba de que estaría entusiasmado con los rumores sobre la próxima Exposición Universal de París, programada para abril.

Ella se consideraba una mujer racional, comprensiva y moderna, y le gustaba dirigir la nave, por decirlo así, y además orientar a las mujeres que aprendían el oficio bajo su supervisión, mientras al mismo tiempo trabajaba en sus propios diseños. Pero era difícil concentrarse cuando las libélulas exigían atención, especialmente en un día de migraña. Entre las cuentas, la pérdida de dos empleadas que habían renunciado el mes anterior para casarse, y el calor sofocante que invadía el taller del quinto piso, aquel era, sin duda, un mal día.

Dejó caer la cabeza hacia atrás, cerró los ojos. Les daría un momento de descanso, nada más. Su vista nunca había sido demasiado buena y las migrañas no hacían más que empeorarla.

Y ahí estaban otra vez las libélulas. Revoloteando por encima de su cabeza, posándose sobre el montón de acuarelas y dibujos que todavía no había archivado. Planeando sobre el molde de madera para la pantalla de lámpara que acababa de terminar. Zambulléndose en la bandeja de trabajo con recortes de vidrio y herramientas que había apartado para dejar sitio a los libros de contabilidad.

“Cuentas”. Abrió los ojos y se enderezó. El sol entraba por la ventana, iluminando como un reflector las columnas de números que la esperaban.

Clara se colocó las mangas de trabajo de muselina, cogió la pluma y reanudó su trabajo desde donde lo había dejado.

“Dos planchas grandes de vidrio opalescente verde, n° 2435B”. Había tenido que pedir las directamente a los hornos de Tiffany en Corona, en el barrio de Queens, ya que el tríptico había consumido buena parte de las existencias del almacén de vidrios en el sótano. Ella misma había ido a los hornos a recogerlas.

“Billete de tranvía, ferry y tren de ida y vuelta”. Le parecía injusto que su departamento tuviera que pagar el viaje solo

porque los hombres no podían mantener al día las existencias de vidrio.

Clara suspiró. Entre la cantidad habitual de encargos y el trabajo adicional generado por las piezas destinadas a la Exposición de París, ya estaban peligrosamente cerca de exceder el presupuesto mensual y no estaban más que a mitad de julio.

Pero no iban a escatimar en materiales ni en la calidad de la construcción. El señor Tiffany estaba obsesionado con la Exposición. Había decidido no participar en la última feria mundial de París, diez años atrás, y John La Farge, su competidor más feroz, se había alzado con todas las medallas que Tiffany estaba convencido de que habrían sido suyas.

Esta vez, se estaba preparando para asombrar al mundo como nunca antes y ser reconocido —por fin— como el rey indiscutible del arte en vidrio.

Clara no se oponía a la idea. El señor Tiffany era un genio con una visión extraordinaria. El hecho de que dar vida a esa visión —ya fuera en vitrales, jarrones, lámparas, mosaicos u otros encargos que asumía el estudio Tiffany— requiriera del trabajo conjunto de varios departamentos y una multitud de artesanos y artistas individuales no importaba en absoluto.

Él era la fuerza que los guiaba. Y todos lo sabían.

Clara nunca había conocido a nadie como él. No creía que existiera alguien que pudiera compararse con Louis Comfort Tiffany. Y Clara Wolcott Driscoll y sus chicas Tiffany eran una parte indispensable de su proceso.

Acababa de terminar de sumar la primera columna de cifras cuando sonaron unos golpecitos suaves en la puerta. Clara se secó el sudor del labio superior con un pañuelo que luego deslizó dentro de la manga.

—Adelante.

Annie Phillips apareció tímidamente en el umbral.

—Bueno, entra, señorita Phillips. ¿Hay algún problema?

—No, señora. No se trata de un problema... Es solo que..., bueno... —Alargó el brazo, mostrando un anillo barato con un cristal de imitación montado en una banda dorada.

Clara sintió que el alma se le caía a los pies; un latido comenzó a martillarle las sienes. Annie era una de sus mejores cortadoras de vidrio. Era el tercer compromiso que sacudía a su departamento ese mes. Y cuando una chica se comprometía y se casaba (o peor aún, se quedaba embarazada sin estar casada) se quedaba sin trabajo inmediatamente.

El señor Tiffany era un excelente empleador que pagaba a sus “chicas” lo mismo que a los hombres, e incluso afirmaba que eran mejores que ellos para seleccionar y cortar el vidrio. Pero en algo estaba alineado con los demás empresarios y con la ley: ninguna mujer casada podía trabajar en el taller. Cosa que a Clara le parecía una postura miope por parte de él y de la ley. La mayoría de las mujeres casadas tenían aún más razones para conservar su empleo.

—¿Y quién es el joven?

—Jack Mills, señora. Es respetable, de una familia trabajadora y honrada.

Lo que seguramente significaba que eran pobres como ratones de iglesia.

—Y es muy guapo, señora Driscoll.

—Ajá.

¿Cuántas veces había escuchado esa historia, o alguna variación de ella? ¿Cuántas chicas se habían marchado persiguiendo sus sueños de matrimonio, hogar y familia, sin que volviera a saber de ellas?

Antes solía intentar disuadirlas. Su propia experiencia le había enseñado que la promesa de amor y seguridad podía transformarse en una realidad amarga.

—¿Y a qué se dedica el señor Mills?

—Es repartidor, señora Driscoll. En el distrito textil. Planea ascender a encargado.

“Todos lo hacen”, pensó Clara con desánimo. Y sin duda ganaba menos que la muchacha que estaba frente a ella llena de ilusiones.

Clara, ante todo, era una mujer práctica. Y aunque simpatizaba con las ideas de la mujer moderna, comprendía la atracción de delegar responsabilidades en unas espaldas más anchas. Después de todo, ella también había hecho lo mismo en su momento.

—Bueno, si estás segura de que estás tomando la mejor decisión...

—Lo estoy, señora Driscoll, lo estoy.

—En tal caso, lamentamos mucho tu partida, pero te deseamos toda la felicidad del mundo. —Clara se puso de pie, dando por concluidos la entrevista y el empleo de Annie Phillips.

Annie hizo pucheros.

—Vamos, vamos —dijo Clara, rodeando el escritorio—. Levanta esa cabeza. Vas a embarcarte en una aventura maravillosa.

¿Por qué había dicho eso? Era una tontería pensar que esa muchacha tendría algo más que una vida común y corriente de trabajo agotador, criando un hijo tras otro mientras su marido ascendía en el mundo... o no.

Debían de ser el dolor de cabeza y el calor los que la volvían tan pesimista. Por norma, no se permitía ser negativa. No servía para nada ni ayudaba a nadie.

—¿Las otras chicas ya han visto tu anillo? —Era una pregunta innecesaria. Claro que lo habían visto. En ocasiones, sentía que el estudio no era más que una estación de tren, un lugar transitorio donde las jóvenes esperaban el inicio de su siguiente viaje.

Sonrió con amabilidad y la acompañó hasta la puerta. La vio regresar deprisa con las demás y luego cerró la puerta.

Casi no se había sentado en su escritorio cuando sonó otro golpecito a la puerta. Soltó un gemido. “Por Dios, que no sea otra”.

Julio de 1899

Pensión de la señora Bertolucci

Manhattan

Grace Griffith llegó justo a tiempo para las once de la noche, hora en que se cerraba la puerta. La señora Bertolucci estaba en el umbral, llave en mano, cuando Grace entró a toda prisa.

—¡Uf! —exclamó Grace—. Pensé que iba a tener que trepar por la ventana de la cocina.

Doña Berto, como la llamaban todas las huéspedes, la miró con expresión traviesa.

—Espero que no hayas estado por ahí de juerga con algún muchacho.

—Claro que no —respondió Grace con sinceridad.

—¿Qué ha sido esta vez?

—Quién, mejor dicho. Una mujer llamada Emma Goldman. Dio una charla sobre control de natalidad, amor libre y la emancipación de la mujer. Era magnética.

Doña Berto se persignó.

—Esa mujer. Es una conocida anarquista y donde va, causa problemas. No te involucres con esas tonterías. Son gente violenta, esos anarquistas. Lo he visto con mis propios ojos en mi tierra. *Dio mio!*

—Jamás lo haría —declaró Grace—. Estoy a favor del derecho al voto para las mujeres, de salarios justos, de que podamos tener propiedades y no ser hostigadas por nuestros

maridos, pero la señorita Goldman... —Grace levantó los hombros—. Es excelente material para caricaturas.

Doña Berto la cortó agitando ambas manos en el aire.

—Puede ser, pero ten cuidado de no meterte en cosas que no puedas controlar.

Su vehemencia tomó por sorpresa a Grace.

—Se lo prometo. Nada de violencia en mi vida. Me paso el día haciendo vidrieras para iglesias.

—Y te despedirán si te quedas dormida sobre el vidrio.

—Si encuentro marido primero, no —bromeó Grace.

—Eres una chica bonita, Grace. Lista, tal vez demasiado lista. Puede que seas un poco demasiado alta para algunos hombres, pero búscate uno bien alto y bien rico.

Grace abrió la boca...

—Lo sé. No quieres dejar tu trabajo, tus dos trabajos. Pero me preocupo por ti.

—Y se lo agradezco. Pero usted también es una mujer moderna, doña Berto. Un modelo para todas nosotras, aunque no lo quiera admitir.

Doña Berto podría haberse casado de nuevo después de enviudar. Era una viuda respetable, con una herencia cómoda y una pensión en un vecindario tranquilo y seguro. Pero no lo había hecho, a pesar de tener muchas oportunidades.

—Bah... Tu cena está en el horno, pero si está dura como la suela de un zapato no será por culpa mía.

—Claro que no. Es usted un encanto, doña Berto.

Grace se inclinó y plantó un beso en la redonda mejilla de la mujer.

—Vete ya, y apaga las luces de la cocina cuando termines.

—Lo haré, gracias. —Grace se alejó por el pasillo, aliviada y agradecida. Estaba famélica y la idea de irse a dormir con el estómago vacío con ese calor era desalentadora.

Sacó con cuidado el plato del horno y lo colocó sobre la

mesa. Levantó la tapa y aspiró el aroma celestial: chuletas de cerdo, patatas asadas y repollo.

Sacó su cuaderno de dibujo de la mochila y alternando entre el tenedor y el lápiz, hizo desaparecer las chuletas y las patatas, mientras daba vida a la caricatura reconocible de Emma Goldman, la anarquista incendiaria.

Y bastante bien, la verdad. Allí estaban las gafas con montura dorada, la nariz prominente y algo bulbosa, y el cabello que parecía un hongo sobre su frente, todo exagerado bajo el trazo del lápiz de Grace. Debía admitir que no era halagadora, pero captaba bien su esencia y sus rasgos.

Se echó hacia atrás, satisfecha. Ahora solo faltaba un título ingenioso y vendérsela a algún periódico.

Mientras tanto, acudiría todas las mañanas a su otro trabajo. Qué ironía que los dibujos a gran escala que hacía de los diseños en acuarela para los vitrales en la empresa Tiffany se llamaran cartones. Supuso que era por los trazos lineales, aunque no podían ser más diferentes de lo que dibujaba para sus caricaturas.

Con los diseños de vitrales, ayudaba a que el arte y la belleza llegaran a cientos de personas, pero con sus caricaturas políticas, Grace Griffith pretendía cambiar el mundo.